

---

---

# GACETA DE CARACAS

DEL MIERCOLES 26 DE JULIO DE 1815.

---

## ESPAÑA.

*Concluye el Manifiesto del Rey nuestro Señor principiado en la gaceta anterior página 217.*

**L**UEGO que à esfuerzos de la fidelidad y del valor de la España, en combinacion con las demas potencias, se quebrantaron las cadenas que me confinaron en Valençay, salí de esta residencia para colocarme en medio de mis vasallos como un padre en medio de sus hijos. A la complacencia, Españoles, de verme entre vosotros se unia el propósito y la dulce esperanza de reparar en una larga paz los estragos de la guerra mas desoladora y sangrienta. Nada me afligia sino la dificultad de la empresa. La guerra habia despojado las provincias, convertido en eriales las tierras mas fructiferas, obstruido su comercio, debilitado las artes, corrompido las costumbres, alterado la religion, y enervado las leyes. ¡ Quantos, quan graves, y quan dignos objetos para ocupar la atencion de un Soberano, que no ha nacido para sí, sino para labrar la prosperidad de los pueblos que la Divina Providencia cometiò à su cuidado y vigilancia ! ¡ En quan poco tiempo se destruye la obra de muchos siglos, y quantas dificultades no ofrece su reparacion ! Todas me prometia vencerlas con la constancia, con la paz permanente, y con los desvelos de un gobierno paternal protegidos por la Providencia; pero esta por sus altos è incomprehensibles designios ha permitido que Buonaparte vuelva à perturbar la Europa, y declararse su enemigo, quebrantando las determinaciones del tratado de Paris. Así la guerra que preparó este como sus acuerdos, tuviéron por basa los principios eternos del órden que justifican la marcha de los Ga-

Bb



binetes, y eximen de toda responsabilidad sus alianzas.

El bien y las ventajas de la Francia y de la tranquilidad general fuéron el objeto de estas transacciones: para esto restituyéron à su trono la dinastía despojada: colocáron en él al justo, al deseado por sus pueblos, al conciliante y pacífico Luis XVIII, y libertáron al mundo de un conquistador, que no conociendo otra gloria que la de la guerra, arruinaba à la Francia para llevar la desolacion à las naciones que queria subyugar.

La guerra, pues, que ha provocado la agresion de Buonaparte, no solo está justificada por la obligacion que tiene todo soberano de mantener sus garantías y confederaciones, sino tambien por los sagrados deberes que le impone la institucion de las soberanías.

La guerra es un mal pernicioso. Ningun gobierno debe emprenderla sino para redimir à los pueblos de calamidades mas grandes que las de la misma guerra. Este es el caso, Españoles, en que nos hallamos. Buonaparte despues de su agresion contra la Francia y su legítimo Soberano, y de haber quebrantado el tratado que consintió, sostiene que no ha ofendido à nadie, que ha recobrado sus legítimos derechos, que los soberanos no pueden ponerlos en disputa, y que quiere vivir en paz con todos. No es la paz la que quiere el invasor, quiere sí verse desembarazado de atenciones extranjeras para emplear la parte armada de la nacion francesa contra la mayor y mas sana, pero inerme, de la misma. Para no omitir género alguno de insulto, pretende que se le crea que va à trabajar por la paz y prosperidad de la Europa, como si esta hubiese olvidado que desde que tomó las riendas del poder se han renovado constantemente guerras terribles, y las fuentes de la prosperidad pública se han agotado en todos los paises sometidos à su influencia, ò como si pudiese caer en el absurdo de imaginar que es capaz Buonaparte de desprenderse de sus máximas invariablemente observadas.

La España no necesita pedir lecciones à nadie: en sus funestos desengaños las tiene harto instructivas. Con dos suertes de guerra ha sido afligida por Buonaparte: hasta el año de 1808 la hizo à su dignidad, à los tesoros, à las esquadras y à los exércitos españoles, haciéndolos servir à sus desiguos; y à esto llamó amistad este aliado exterminador. Y para que nadie se fiase en las seguridades de la gratitud, el mismo año exercitó en Bayona las maqui-



naciones bien conocidas del público. Despues para sostener la obra mas atroz de la perfidia y de la violencia derramó la desolacion y el estrago sobre las provincias de esta nacion, y la trató como à una propiedad libre de que puede disponer su dueño en favor de quien le parece, con las condiciones de su arbitrio. Buonaparte no se ha desmentido; señala su nueva época sacrificando á su vanidad el Soberano legítimo é idolatrado de la Francia y la libertad de esta potencia, poniéndose al frente de una faccion interesada en continuar los estragos de la humanidad. Buonaparte desde la capital de la Francia dice á todas las naciones, no me creais: habeis transigido en las paces precedentes con vuestros intereses los mas preciosos, y con vuestros deberes los mas sagrados, para comprar la tranquilidad de los pueblos; pero estos han quedado burlados. Buonaparte desde la residencia del trono frances dice á los soberanos, contra vuestra conviccion reconocisteis en otro tiempo mis derechos usurpados, y me permitisteis sentar entre vosotros, y el resultado no ha sido otro que el de alimentar mi vanidad y mi ambicion. Buonaparte, en fin, dice al mundo, todas estas complacencias han sido despreciadas por un hombre sin fe y sin ley, que no halla medio entre su exterminio y el del género humano.

En tales circunstancias nadie puede vacilar en la eleccion del partido. Toda la Europa ha tomado el mas seguro, el mas ventajoso, y el mas honorífico. Las desconfianzas entre las potencias han desaparecido: sus intereses ya están asociados por el riesgo comun. La Prusia no será pasiva espectadora de los reveses del Austria. El Austria no mirará con indiferencia la suerte de la Prusia. La Rusia no permitirá que la parte del mediodia de la Europa se distribuya en heredamientos para alimentar esclavos coronados. La Inglaterra persistirá en que no comparezca de nuevo en la escena de los soberanos el temerario Buonaparte, que se atrevió á dar leyes à los mares, quando todos los navíos de Francia estaban encadenados en sus puertos; y en fin los soberanos, bien persuadidos de que la generosidad no es un correctivo para las almas de cierto temple, no darán oidos sino à las reclamaciones de la justicia y de la salud pública, que es la ley suprema de los Gobiernos.

Aquí teneis, Españoles, una guerra ordenada por esta ley: ella es inocente y perfectamente justa, porque está calculada para el bien de los pueblos y seguridad de los soberanos, llamados por la



Providencia y por las leyes fundamentales para gobernarlos. También es prudente, porque los medios que han tomado, y siguen tomando las potencias combinadas para reconquistar la paz de la Europa, son conformes à la gravedad y à la importancia de la empresa; y sobre todo es necesaria, porque los cuerpos de las naciones, así como los individuos, no pueden desentenderse de la ley de la conservación el transigir sobre su defensa contra el perturbador de la tranquilidad del mundo.

No parte la necesidad de la guerra de este solo principio; la teneis, Españoles, y muy imperiosa, de luchar contra el autor que fraguó el impío plan para arruinar la obra de Jesucristo, y acabar en dos ò quatro años la que él llamó en sus instrucciones à Cerveλλονι, fábrica del engaño y de la preocupacion. Este es Buonaparte, que no contento con ser el origen de las calamidades, quiere que se sufran sin apoyo, sin consuelo, sin esperanza de una mejor suerte, sin los socorros, en fin, de la tierna, officiosa y compasiva religion católica. No convienen à Napoleon unos dogmas que condenan el derecho de la fuerza, único que reconoce: unos dogmas que predicán la justicia y la equidad, no pueden agradar al usurpador de los tronos: no convienen, en fin, à quien sostiene que los nombres de justo, equitativo y virtuoso pertenecen exclusivamente à los conquistadores.

La justicia, Españoles, la prudencia, la ley de la defensa, y la religion ordenan esta guerra para redimir à la Francia y à su trono del yugo de la opresion baxo que gimen, y para conquistar la tranquilidad y reposo del mundo. Los consejos de la ambicion no han tenido la menor influencia en tan íntegro tribunal. La Francia no será desmembrada, ni en sus plazas, ni en sus provincias. Sus limites serán religiosamente respetados; y para que los exércitos auxiliares no sienten el pie dentro de ellos, no necesita la Francia de mas impulso que reflexionar sobre el ultrage que se irroga à su dignidad nacional, haciéndola un objeto del juguete y burla de las facciones: que una nacion empiece à ser esclava desde que pierde los reyes llamados por sus leyes fundamentales: y que el ver con apática indiferencia el cambio de un rey padre de sus pueblos, por un monstruo que se nutre de sangre humana, es la mas torpe de las especulaciones.

Bien conozco la autoridad que me compete de declarar y ha-



cer la guerra. Estoy seguro de que mis vasallos descansarán en la confianza de que un Rey que funda su felicidad en la de sus pueblos, no puede emprender la guerra sin el dolor de verse en la precisión de defenderlos. Pero he querido llamar en mi auxilio la fuerza de la convicción, para afianzar la reputación de justo en el concepto de las naciones, para vigorizar el valor de mis tropas, estimular la generosidad de los pudientes, sostener la resignación de todos en los trabajos de esta fatalidad, y para que, santificada la guerra, todos esperen en el auxilio del distribuidor de las victorias. De mi Real Palacio de Madrid à 2 de mayo de 1815.—Firmado —FERNANDO.—Refrendado—*Pedro Cevallos.*

---

*Circular dirigida por el Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, primer Secretario de Estado y del Despacho, á todos los prelados del clero secular y regular remitiéndoles el antecedente manifiesto.*

Ha parecido de nuevo en la escena de la Francia el usurpador de los tronos, el perturbador de la tranquilidad pública, el nuevo Juliano, y el enemigo de Dios y de los hombres. El Rey nuestro señor en medio del dolor con que advertía el estrago y desolación que Buonaparte había derramado sobre las provincias de la mas heróica y religiosa de las naciones, todavía se consolaba con la dulce esperanza de restablecerlas en su antiguo lustre à esfuerzos de la constancia en el trabajo, de los beneficios de una paz duradera, y de los desvelos de un gobierno paternal.

Contaba S. M. para tan felices resultados con los auxilios de la Providencia, fuente exclusiva de toda prosperidad. Pero la divina Justicia no ha debido quedar satisfecha con el suave y contemplativo castigo que se impuso al que sacrilega y temerariamente proyectó arruinar la religion de Jesucristo en dos ó quatro años; y para que se conozca que el exterminio de Buonaparte es obra de Dios, le ha puesto una venda en los ojos para despeñarle.

Es ocioso ocupar los discursos en la meditación de lo que se debió hacer quando en la actualidad estamos llamados á una guerra reclamada por la justicia, por la tranquilidad y por la religion; á una guerra forzosa por lo imprescindible de los motivos; á una guerra santa por sus objetos, y á una guerra en fin que en su misma santidad tiene afianzados los auxilios del Dios de los exércitos.



En estos auxilios espera el piadoso corazón del REY. Dia y noche se emplea su edificante vida en pedir á Dios que desarme su justicia, y derrame sobre la España los bienes de su misericordia; pero lleno de la mas humilde desconfianza ruega y encarga á V. que con todo su espíritu enderece sus votos al cielo para recabar la pronta y feliz terminacion de esta guerra.

No son necesarios los estímulos para mover el acreditado zelo y religioso corazón de V. ni menos para inflamar su amor por un REY, que con el que ha manifestado á la iglesia, ha hecho olvidar la memoria de los Recaredos, de los Alfonsos, de los Jaimes y de los Cárlos.

Así que espera S. M., de cuya órden se lo comunico, que V. cumplirá gustoso con tan justos y religiosos deseos.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid de Mayo de 1815.

---

### ARTÍCULOS DE OFICIOS.

*El REY nuestro Señor se ha servido expedir con fecha de 24 de Marzo el Real decreto siguiente:*

Para que la Real órden Americana de Isabel la Católica tenga todo el honor y lustre que quiero darle, como dió mi augusto Abuelo á la que fundó y honró con su propio nombre, declaro que á los grandes cruces de dicha órden Americana corresponde el tratamiento entero de excelencia, y mando que se les dé de palabra y por escrito.

---

### PAISES BAXOS.

*Proclama dirigida al pueblo frances por el duque de Wellington, general de los exércitos aliados.*

Franceses: es desde mi quartel general en medio de un exército formidable de soldados aguerridos que levanto la voz en nombre de vuestro Rey y de sus aliados, para volveros à llamar à los sentimientos de la obediencia y de la paz. Las desgracias que os amenazan me causan una obligacion dolorosa, pero será un título de gloria para mí, si soy escuchado. Confiriéndome el mando en ge-



fe de los ejércitos del norte, los soberanos aliados me han revestido de una confianza que me honra. Yo me he empeñado en cumplirla: y yo la cumpliré.

Franceses, ¿qué esperais uniéndoos á la suerte del violador de todos los tratados? ¿de un hombre sin derechos y sin poder? ¿Queréis, vosotros, eternizar la guerra siguiendo esa águila devoradora y siempre sedienta de sangre? ¿Estaréis, vosotros, tan seducidos, tan alucinados que penseis, contra toda probabilidad, que él triunfará de la Europa entera en la lucha que él locamente se prepara á sostener? No, Franceses: nosotros, ni pensamos, ni suponemos que ese frenético ambicioso pueda tener bastante influencia para seduciros hasta el punto de creer un buen suceso en la mas loca de todas las empresas. Nosotros conocemos sus fuerzas: sabemos quales son sus recursos, y no dudamos declararos que todos sus esfuerzos no van á servir sino para hacerle caer mas seguramente en nuestras manos.

No, franceses: yo no hago otra cosa que repetirlo. No es á la nacion á quien vamos á hacer la guerra: no es sino á Bonaparte y á sus soldados. ¡Desdichados de aquellos que se unan á ellos! ¡Desgraciadas las provincias rebeldes! No penseis que Bonaparte haya ultrajado impunemente la autortdad soberana de tantos reyes, abusando de su clemencia como él lo ha hecho, ni penseis por un momento que la Europa ofendida haya hecho vanamente tan enormes sacrificios para volver á los Borbones al trono de la Francia, quando el reposo y el interes de las naciones la obligan á conservarlos en él.

Si no existiesen estas consideraciones, otra mas poderosa les pondria aun en la necesidad de tomar las armas otra vez: la consideracion de castigar esa horda de facciosos que han fomentado las turbaciones actuales y que se atreven á declarar contra el voto unánime de todas las monarquías de Europa.

Sí, franceses: para siempre la Europa unida y ligada por un mismo interes no formará sino una sola potencia, y sus soberanos una suprema corporacion, en donde se levantará el pedestal indes-



tructible de la paz y de la felicidad del mundo. Los derechos de la monarquía emanarán de este senado augusto para ser consignados en sus actos solemnes.

El nombre de Luis XVIII está escrito en este pacto federativo. Los soberanos aliados lo han vuelto á colocar sobre el trono de sus antepasados, y proclamado que la familia de los Borbones reynará hasta su extincion sobre el pueblo frances. Es para volver á colocar y afirmar esta dinastía que ellos vuelven à tomar las armas: es para sostener la causa de los reyes: es para consolidar la soberanía: es para asegurar el reposo de todos los pueblos, y para dar un exemplo imponente à todas las naciones de lo que es el poder soberano. Ellos no las dexarian sino despues de haber destruido enteramente el origen de todos los males de que estais amenazados: de haber firmado la paz general: y de haber asegurado el reposo y la tranquilidad de la Europa entera. Lo han jurado à la faz del universo.

Franceses: en nombre de vuestro Rey y de sus aliados os exhorto à volver á entrar en vuestros deberes, y en el partido de la buena causa. Luis XVIII os llama aun: su clemencia quiere otra vez perdonar vuestro delirio: no os queda sino poco tiempo para volver à él: él conoce el nombre de los buenos y de los malos franceses: sabrá premiar la fidelidad de los unos, y castigar la infidelidad de los otros.

Dentro de pocos dias un millon y doscientos mil soldados habrán penetrado por vuestros departamentos. Yo haré respetar las provincias sumisas, pero castigaré los pueblos rebeldes.

WELLINGTON.

Queda concluido con este número el primer semestre como se anunció en el 24. El segundo se principiará luego que se junte el suficiente número de subscriptores, á quienes se les encarga, que de hacerlo, sea à la mayor brevedad. Para facilitar à los de afuera un modo fácil à subscribirse, lo harán en la administracion de correos respectiva à su partido, á 5 pesos por semestre.

---

Caracas: impreso por D. Juan Gutierrez, calle de la Palma, 1815.